

CARLOS REYLES

El doble aspecto que presenta la personalidad intelectual de Carlos Reyles, como ensayista filosófico y como novelista, se reduce a una unidad perfecta. Ensayista y novelista son inseparables y no pueden comprenderse el uno sin el otro. La misma ideología que adoctrina en sus escritos filosóficos informa la concepción de sus novelas, por manera que aquéllas pueden ser el comentario de éstas o éstas la explicación de aquéllas mediante los hechos. Muchas páginas de sus ensayos se repiten con iguales o parecidas frases en los diálogos novelescos. Sus novelas se desarrollan sobre el esquema de una tesis. Novelas y ensayos no se diferencian más que en el procedimiento.

La obra de Reyles es, además, inseparable de su persona: es la historia misma de su evolución mental. De "Beba", su primer obra seria, escrita a los 25 años, hasta los "Diálogos Olímpicos", la más reciente, producida hacia el medio siglo de su edad, puede seguirse el proceso ideológico del escritor, mareado por bien definidas etapas en cada una de sus obras. La ética de Reyles no es, pues, exactamente la misma a través de toda su obra. En el aspecto doctrinario vacila y se contradice, reflejando las propias vacilaciones y contradicciones de su conciencia. "Beba" y "El Terruño" son: radicalmente pesimista la una y optimista la otra. Los "Diálogos Olímpicos" anulan gran parte de las afirmaciones de "La Muerte del Cisne". En general, puede considerarse que el carácter intelectual de Reyles es *realista*. Dentro del realismo, señálase una línea evolutiva que va de la sentimentalidad al conceptismo, en la novela, — y, en los ensayos, de la sistematización dogmática al positivismo conciliador. "Beba" es — ante todo — obra de emoción y pasión (y, en consecuencia, la más libremente artística y la más verdadera de sus novelas). En "La Raza de Caín" ya predomina

la tesis, pero aún hay en ella gran dosis de pesimismo sentimental y... de autobiografía. "El Terruño" es tesis pura, sermón ético-peenarío asumiendo forma de novela (por tanto, la menos estética y también la menos *real* de sus novelas, aunque, doctrinariamente, sea la más realista). En el aspecto de los ensayos, "La Muerte del Cisne" es de un naturalismo nietzscheano, radical en sus negaciones, absoluto en sus afirmaciones, trágico en sus consecuencias. En "Diálogos Olímpicos", publicados ocho años después, aparece un realismo atemperado por concesiones humanistas y conciliaciones con lo ideal. Así, pues, mientras por una parte se nota, en la labor de Reyles, un creciente dominio del doctrinario sobre el artista, con perjuicio de su producción novelesca, por otra parte se advierte en su ideología una influencia cada vez más viva de la realidad histórica, anti-dogmática, es decir, de la experiencia, tendiendo al equilibrio funcional de las antinomias. La obra de Reyles es, así, la historia documental de su propia conciencia.

La obra entera de Reyles se presenta, pues, con un carácter muy personal, e íntimamente vinculada con su propia vida. Hay mucho de autobiográfico en sus novelas. El Tito de "Beba" es Reyles mismo. Guzmán, de "La Raza de Caín", es Reyles también. Y Toeles, hasta el pobre Toeles de "El Terruño", es, asimismo, Reyles, en buena parte, ya que el autor pone en boca de su personaje sus mismos discursos y le atribuye algunos de sus actos más notorios. El escritor se va encarnando en sus sucesivas criaturas, *avatars* de sí mismo, presentándose en cada uno de los períodos o fases por que ha pasado. Claro está que el escritor no toma de su vida, para animar al personaje, sino los caracteres y hechos principales, *característicos*, combinándolos con otros elementos novelescos de observación, dentro de un argumento imaginario, aunque lógico. Su novela es, pues, autobiográfica, pero sólo en lo esencial.

Al revés de lo que ocurre con otros novelistas que se encarnan en el personaje simpático de la obra, para justificarse o exaltarse ellos mismos ante el lector, — como D'Annunzio en "*Il fuoco*", — Reyles se da combatiéndose, se encarna en un personaje anti-

pático — excepto en “Beba” — refutándose a sí propio, retrayéndose del error pasado, presentando el *yo* que ha dejado de ser — el de la víspera — como un ejemplo de condenación. Acentuando dramáticamente los caracteres del personaje, como en Guzmán, o exagerando cómicamente los rasgos hasta trazar su propia caricatura, como en Toeles, Reyles proyecta en la obra el fantasma horrible o grotesco de su propia personalidad, ofreciéndose como una lección de experiencia. La obra de Reyles aparece así, bajo otro aspecto, como una serie de sucesivas rectificaciones, y, en último término, como una dolorosa y generosa confesión. Este aspecto particular de su obra acentúa el carácter de moralista que hemos atribuido a Reyles. Moralista, sí, o, si se quiere, eticista, Reyles es una conciencia profundamente inquieta, ostigada por el ansia de la verdad, un hombre que busca ansiosamente el sentido de la existencia y la norma de la conducta.

Temperamento pasional y orgulloso, parece poner su orgullo y su pasión en esa imperiosa demanda de la verdad, como las pone, evidentemente, en la saña de sus autoeríticas y en las bizarras agresividades de su estilo.

No presenta, ni esa dirección segura y permanente de los espíritus de acción, como en Sarmiento, ni esa piácida temperancia del diletantismo, como en Rodó. Tiene demasiada inquietud crítica para lo primero; le sobran pasión y vigor para lo segundo. Su desarrollo mental sigue una línea parabólica, una como curva cicloidal que, después de haber alcanzado el punto de máximo alejamiento en “La Muerte del Cisne”, parece entrar ahora en el período *de vuelta*.

Siendo tan íntimo y singular el vínculo entre su persona y su obra — no pudiendo entenderse ésta sin relacionarla con aquélla. — y siendo además su obra, como dijimos, el proceso de su conciencia y de su vida, adoptaremos, como el mejor, si no como el único posible, el método biográfico de exposición. Trazaremos la crítica de Reyles como si escribiéramos su historia hasta la fecha, que no otra cosa es, en definitiva. Esquemática por necesidad, será

esta la biografía crítica de una de las personalidades intelectuales más intensas y representativas de Hispano-América.



Nace Carlos Reyles de recio tronco pecuario. Su padre, robusto como un toro, barbudo y tutelar como un patriarca antiguo, es uno de los más ricos ganaderos de la República. Con Hughes, Jackson, Steward y otros sajones, había introducido al Uruguay los primeros plantales de Merinos y Durhams de Inglaterra, cruzándolos con el ganado semicimarrón que trotaba por esas cuchillas, reformando en sus métodos la primitiva ganadería colonial, y levantando la riqueza rural del estado de prostración y ruina en que la habían dejado los nueve años de la Guerra Grande. Aunque de escasa cultura, su vasta fortuna, así como su pródiga beneficencia, dánle consideración y peso social, llevándole al Senado y a otras altas posiciones públicas.

La aspiración de todo rico estanciero es tener un hijo *doctor*. El joven Reyles estaba, sin duda, destinado por su padre al doctorado. Mas, el genio indisciplinado y voluntarioso aleja al joven del paciente normalismo universitario. El mismo nos narra, en parte, su adolescencia, en las páginas autobiográficas de "Por la Vida", su primer intento de novela.

En el colegio montevideano donde pasa el pupillaje *consentido* que se dispensa a los hijos de familia pudiente, es un muchacho triste y orgulloso, huraño a la vulgar camaradería y díscolo a la obediencia. Huérfano de madre, no conoce el calor del afecto hogareño ni la alegría expansiva de las francas amistades. Su adolescencia transcurre concentrada y ansiosa. En su boca se pliega ya la desdeñosa soberbia, y sobre su frente pálida se cierne el pesimismo. Intensa curiosidad mental — ¡curiosidad mental, aleahnetta del Demonio! — le inclina largas noches sobre los libros profanos, tanto como le aleja de los escolares textos. Se manifiesta en él al autodidacta.

Su primera cultura es romántica; pero, poco sentimental y soñador, antes bien, sensual y volitivo, no es el *claro de luna* lo que le sugiere sino la tempestuosa pasión y la rebelión satánica. La literatura de que se nutre cultiva en él su natural individualismo, agría su humor, ya de por sí bilioso, y exalta su anárquica indisciplina. A los veinte años, si las intensas fuerzas de la fermentación vital no encuentran su escape en la acción, buscan extraños desahogos. El joven Reyles desahoga su corazón escribiendo un libro, su primer libro, un intento de novela: "Por la Vida". En ella narra el novel escritor sus vivas impresiones de adolescencia, sus tristes memorias del internato, algunos hechos familiares de carácter dramático, inocentes alardes de hombría y de crápula, todo ello amasado con fogosa levadura revolucionaria y muy exagerado por el escepticismo romántico. Ingenua, arbitraria y confusa, como todas las cosas a esa edad, la novelita demuestra, sin embargo, una cualidad excepcional en su autor: no es un remedo de otras mayores, no hay en ella reminiscencias de autores leídos: todo es propio, personal, de primera mano, vivido. No hay más influencia de lecturas que la inevitable en los sentimientos. Y esto, a esa edad, es un mérito singularísimo, que revela, por cierto, una ingénita e imperiosa individualidad.

Y he aquí que, a los veinte años, por muerte de su padre, el joven Reyles se encuentra libre, solo y millonario. El mundo se abre ante él: Europa le abre sus caminos dorados y tentadores. Parecería dispuesto a lanzar en desmelenada carrera su ansiosa mocedad, derrochando la paternal hacienda. Pero, la misma insólita magnitud de su situación, parece manifestar en él un sentido de responsabilidad moral y una virtud hereditaria: la voluntad, ambas hasta entonces latentes. Obediente al deseo *in extremis* de su padre, se instala en la estancia para atender personalmente a su cuidado y proseguir el desarrollo de la obra zootécnica emprendida por el recio genitor de "El Paraíso". El joven romántico se convierte, pues, en cabañero. Mas, siendo su vocación intelectual un imperativo, lejos de desatender entonces su cultura la intensifica,

alternando el libro con la tarea pecuaria. En pos del joven hacendado, llegan a los pagos cimarrones los pequeños demonios socráticos del pensamiento. Y junto al cruzamiento de los ganados se opera el cruzamiento de las ideas. En la biblioteca de *las casas*, hay *reproductores puros* como en los galpones. En ese tiempo conoce, además de los clásicos, los escritores de la escuela realista, entonces dominante en Europa. Estas nuevas influencias mentales, así como el efecto directo de su nueva posición en la vida, determinan un más grave discernimiento en su criterio, así como aerisolan su gusto literario. Pero el fenómeno singular, personalísimo, que se produce entonces en Reyles, es el vínculo que establece entre su intelectualidad y su condición de cabañero. En vez de separar ambos *reinos*: el de Dios y el del César, los unifica, baseando un sentido ético a la labor pecuaria. Este fenómeno revela el carácter moral de la personalidad de Reyles: *necesita* justificar su vida dándole un valor ideológico, una trascendencia social. De este conjunto de factores nace "Beba", su primer obra seria.

"Beba" es, ante todo, un canto al trabajo pecuario, a la industria rural, al esfuerzo de los cabañeros. Se exaltan en ella ese esfuerzo y esa industria en su doble valor de creadoras de la riqueza nacional y de manifestación de la energía en los individuos. *Tito*, el cabañero, el héroe de la novela — aún cuando su protagonista sea *Beba* — es un ejemplar tipo de hombre fuerte: rectitud de carácter y de acción, sin flaquezas sentimentales, pero sin bajos egoísmos: un hombre de empresa, en fin; pero no un encomendero, sino dotado de conciencia moral imperiosa. En *Tito*, Reyles se refleja a sí mismo, si no por entero, al menos en su aspecto de hacendado, ya que *Tito* no es literato como Reyles. En cierto modo, *Tito* recuerda también a Reyles padre, pues el esfuerzo innovador y la lucha contra las adversidades que caracterizan la vida de *Tito*, pertenecen, en verdad, al padre más que al hijo; reflejan la lucha y el esfuerzo sostenidos durante largos años, no sólo contra las dificultades del medio económico, sino contra la rutina celosa de los viejos estancieros criollos, adormecidos en su sistema de pastoreo

bárbaro, oponiendo su inquina y hasta su burla a los nuevos métodos zootécnicos, implantados por los hacendados de carácter sajón. Con la diferencia que, Reyles padre triunfó, al fin, de su empeño, y Tito, el héroe de la novela, por motivos que ya diremos, es vencido. El padre se halla así, también, justificado y ennoblecido en la novela del hijo. "Beba" corona moralmente la vida del genitor, como la "Cabaña Reyles", que implanta más tarde el hijo, la consuma materialmente.

Por boca de Tito, Reyles expone sus conceptos acerca del valor social de la cabaña.

—"Para mí, no cabe duda; el problema de nuestro porvenir estará resuelto el día que hayamos asegurado la exportación; y, como esa exportación y las reformas preliminares consiguientes sólo las llevarán a cabo los criadores progresistas, inútil es decir que, en esa gran obra debe esperarse mayores beneficios del último cabañero que de todos los políticos, letrados e industriales que pululan por ahí. Y por eso es que "El Embrión" no aparece a mis ojos como un establecimiento de campo solamente: veo en él algo más que eso, veo el nacimiento de una industria nueva y generosa, como veo en los reproductores que vendo, no los reproductores, sino los gérmenes de aquella industria, que se desparraman por aquí y allá, para desarrollarse en el momento oportuno e invadirlo todo. Otras veces se me figura que son — por eso los cuido con tanto esmero — mis ideas hechas carne, vivas, que van a convencer a los incrédulos, o me los imagino soldados que marchan a la conquista de un país rico que hay dentro de este pobre país, pero siempre les atribuyo una trascendentalidad que las gentes no alcanzan a comprender, y que yo siento con una fuerza tan viva y tan sincera que no puede engañarme. No me engaño, no. Merced a ellos nos acercamos paso a paso al punto de partida de nuestro engrandecimiento, que ya no debe de estar lejos... Hace mucho tiempo que "El Embrión" desparrama por los campos la generosa simiente y la hora de recoger la cosecha no se hará esperar gran cosa. ¡Ah!, cuando ese día llegue, cuando la exportación se afirme y hasta los

rezagados comprendan la necesidad de mejorar sus haciendas, "El Embrión", después de haber dado el alto ejemplo, se convertirá en mina robustecedora de la riqueza nacional, pues todos los ganaderos vendrán a buscar aquí, a la fuente, la sangre rica para inocularla en sus ganados. La actividad, el espíritu emprendedor, el sano liberalismo, que, forzosamente, ha de imponer semejante evolución, arrancará a la campaña del profundo letargo en que la tiene sumida una rutina vergonzosa, y entonces se verán surgir de las desoladas taperas y monótonas llanuras, graciosos edificios, lozanas praderas, apretados montes, y transformarse en valiosos productos, los salvajes animales que ahora, como dejados de la mano de Dios, arrastran sus enflaquecidos miembros por los campos. Y, gran parte de esto, se deberá a "El Embrión", porque de él ha partido el impulso inicial, la idea madre, y porque todos sus esfuerzos han sido a sabiendas dirigidos a ese punto".

Como se induce de lo transcrito, Reyles, uniendo su aún fresco y generoso idealismo de los veinticinco años al positivismo económico que impone su condición de hacendado, fragúa su teoría de patriotismo agrario, *intelectualiza el hecho*, convirtiendo la acción en doctrina. Lo que en el padre fué sólo *voluntad*, en el hijo es también *representación*.

Por primera vez en las letras rioplatenses y de modo insuperado, describe "Beba" el ambiente de la cabaña. La novela nacional que, hasta entonces, no cuenta con más realización seria que el romance de Acevedo Díaz, ha reflejado la estancia primitiva, la égloga salvaje del pastoreo, con sus manadas cimarronas y sus gauchos bravíos.

La estancia moderna, en lo que ella aduna de poesía pastoril y de esfuerzo industrial, está en "Beba", sentida y descripta de manera acabada. Refleja la segunda época social de la ganadería, con sus elementos, su ambiente, sus prácticas y sus tipos correspondientes, así como la novela de Acevedo Díaz y de Viana reflejan la vida ganadera en sus formas primitivas y tradicionales. En "Soledad" y en "Gaucha" hallamos la ganadería hispano-criolla, con

su rutina patriarcal y bárbara; en "Beba" la ganadería anglo-criolla, con sus intensificaciones técnicas y sus hábitos europeos. La reforma de la ganadería, que transformó la vida y el tipo del gaucho, es obra del colono sajón. Y sajonas son las razas de animales finos de cruce que modificaron la calidad del ganado, — los métodos zootécnicos de organización, — los capitales ferroviarios y las modas *farmers* que sustituyen a las gauchescas. "Beba" refleja el ambiente de la estancia anglo-criolla, la campaña en vías de modificación por obra de la energía sajona. Y refleja, asimismo, el momento social que representa la implantación de la Cabaña, pugnando entre dos fuerzas hostiles: la vieja rutina gauchesea de la campaña y la vanidad vieiosa de la ciudad, representadas: la primera por el coronel Quiñones, estanciero y caudillo, — la segunda, por la familia de los Benavente, burgueses montevideanos.

El romance de amor — pasional y trágico — entre Tito y Beba, aún cuando concentra el interés novelesco, no es lo capital de la obra.

"Beba" es, por una parte, la rebeldía de la individualidad contra las reglas convencionales; por otra, la lucha de la iniciativa innovadora contra la rutina inmovilizada. Beba se rebela contra la moral mundana al aceptar su situación de concubinato pasional con Tito, rompiendo la valla legal y moral del matrimonio. Tito lucha contra la rutina tradicional y estéril, al querer implantar en su establecimiento de campo los métodos modernos y técnicos, quebrando la inercia de la rudimentaria ganadería colonial. A pesar del optimismo individualista y económico del autor, Beba y Tito son vencidos, en su rebeldía y en su esfuerzo. El aislamiento y la reprobación que su actitud moral produce en torno de su amor, ensombrece pronto su día y hace amargos y desventurados sus razonamientos. Beba, abandonada, se suicida al fin. Y la hostilidad y la terquedad que Tito halla en torno de su empresa, acaban por frustrar el esfuerzo y anular el carácter. Tito se rinde y adapta. Beba y Tito son la vida, en su energía de pasión y de voluntad; los que

les rodean, y cuyo peso, al fin, los vence: la familia burguesa de los Benavente, con su culto del convencionalismo social, el marido palurdo y *calavera*, los estancieiros rutinarios que acogen con burla y enojo las innovaciones de Tito, son la inercia negativa y el mal, que estanca y esteriliza la existencia.

El desenlace de la novela revela un dejo persistente de pesimismo en el alma del autor, — resabio juvenil y romántico, — que necesita de la Tragedia. Lo natural es que Tito hubiese triunfado, como triunfó el viejo Reyles. El desenlace trágico es, sin embargo, más *bello*, más *novelresco*, y esta sugestión literaria es lo que tal vez induce al autor a adoptarlo.

Por lo demás, reconozcamos que no sólo no se resiente de ello la obra, sino que, el desenlace *estético*, impide que sea obra de *tesis*. Realista en su concepción, vigorosa en su contextura, con raigambre americana, así por sus elementos como por sus conceptos, es "Beba" la más libremente artística de las novelas de Reyles. Y la que, en consecuencia, ha de conservar por más tiempo la lozanía carnosa y el jugo original.



Después de "Beba", emprende Reyles repetidos viajes a Europa, en cuyas grandes ciudades lleva vida opulenta y refinada, gustando, con pasión sensual y curiosidad de analista, todas las sutiles y poderosas esencias de las civilizaciones maduras. Europa se halla, entonces, en el período álgido de esa gran crisis de la conciencia occidental que se produce en los últimos lustros del siglo XIX. Nunca en la historia, el pensamiento humano ha sido más intenso, más audaz y más múltiple, nunca se ha aventurado con más intrépida libertad a la exploración y conquista del Universo. Pero, tal vez a consecuencia de esa misma multiplicidad y de ese mismo esfuerzo, el cansancio y la desorientación se producen en el alma de este fin de siglo.

Falta a la conciencia una dirección, a la civilización una fuerza, a la vida un ideal. El nihilismo moral y el esteticismo sensualista — consecuencias de las grandes negaciones pesimistas incubadas en la entraña atormentada del siglo — corroen y neurotizan el alma contemporánea, quebrando los resortes profundos de la voluntad. Despojada de todas sus fuerzas ideales, desorientada en la penumbra erepuseular del camino, se refugia en el cultivo de la emoción refinada y en el análisis sutil y torturador de sí misma. Después de haber devorado al Mundo, el alma finisecular se estaba devorando a sí misma.

Reyles bebe en la erátera bizantina de Lutecia el veneno amargo y delicioso de la Decadencia. Conoce a Baudelaire, a Ibsen, a Barrés, a Bourget, a Huysmann, a D'Annunzio. La neurosis de *la hora* entra en él, con todas sus sutilezas psicológicas y sus perversidades malditas. Llevado fatalmente en la corriente literaria del momento, trunca la *pasión* por la *sensación*, la acción por el análisis, la idealidad moral por la delectación estética.

Publica entonces sus "*Academias*", serie de breves novelitas, en las que priman las influencias decadentes, precedidas de un prólogo programático, en el cual manifiesta su nueva actitud intelectual. Habla en él de "los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad fin-de-siglo" y de "los latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado". La novela nueva, la que él se propone escribir, apartándose del realismo de "Beba", ha de contener aquellos *estremecimientos* y expresar aquellos *latidos*.

La primera de las *Academias*, "Primitivo", no ofrece nada de particular; es de poco mérito y, desde luego, muy inferior a "Beba". El autor la refundirá, años más tarde, muy modificada, en "El Terruño", lo que significa reconocer la inconsistencia de la primera versión. Es un cuento campero, algo alargado por el prurito del análisis psicológico a lo Bourget, de asunto bastante artificioso y perverso. En estos artificios y perversidad se denota el nuevo estado de la conciencia literaria en Reyles. Conviene observar aquí que, buscando ser más original y sutil, Reyles aparece en

esta novetita bastante más ingenio. Es evidente que su personalidad sufre un trance de sugestión.

"Sueño de Rapiña", segunda de las "Academias", es una composición alegórica hecha de elementos abstractos y figurativos, sin mayor novedad de asunto, -- el castigo de la avaricia, -- cuyo único objetivo parece ser la belleza literaria. Logrado está, por cierto, el propósito formal: obra de artista escéptico y parnasiano, recuerda ciertas páginas similares de Osear Wilde.

"El Extraño" es la más importante de las tres *Academias*, porque en ella se manifiesta por entero el estado de conciencia del autor, volviendo al motivo autobiográfico. Julio Guzmán, el *Extraño*, es un personaje representativo de la crisis moral de la hora: semejante a los protagonistas de Barrés, de Huysmann y D'Annunzio, padece, en forma aguda, el mal del siglo. El nihilismo moral y el intelectualismo esteticista le han extraviado por oscuras rutas de perversión y sufrimiento, desviándole de los caminos de la Humanidad. Todos los sentimientos sociales y familiares han muerto en él; se han roto todos sus vínculos morales con la especie; y, ajeno a todo, extraño entre todos, sólo vive para un torturado afán de sensaciones y de refinadas experiencias. Es un jardinero de las Flores del Mal... En el fondo, como todos sus ilustres congéneres, no es más que un pobre hombre que ha perdido su alma...

Como novela, "El Extraño" es el ejemplar más característico -- y de más valor, en las letras uruguayas, -- de la novela llamada *psicológica*, que, surgida en Francia, después del naturalismo, teniendo su antecedente o precursor en Stendhal, cultivada preciosamente por los Barrés, Bourget, D'Annunzio y otros grandes diletantes, expresa y documenta la psicología literaria de la época. *Novela de almas*, le llamaron también, porque, siendo su característica seguir el proceso sutil y complicado de una actitud que se desarrolla en la conciencia, su *acción* es toda interior y analítica. Prefirieron los *novelistas de almas* los personajes de selección, los *raros*, los refinados, los que ofrecen más complicación y sutileza al análisis, siendo, pues, una novela esencialmente aristocrática. Por

eso decía satíricamente Mirbeau que las *almas*, para Bourget, debían gozar, por lo menos, de diez mil francos de renta. Cuanto de vicioso hay en este análisis no es necesario decirlo, dicho ya lo morboso de su tendencia. Todo en esta novelita es, pues, una expresión — por no decir un reflejo — del momento literario europeo.

¿En qué sentido y hasta qué punto Reyles se ha encarnado en Julio Guzmán, el Extraño? Es evidente que en el Extraño, ha puesto Reyles su estado de conciencia de ese momento; pero lo ha proyectado en un personaje imaginario, aunque de carácter real; Guzmán es un hombre con la *psicología* de Reyles, pero actuando en circunstancias supuestas; de modo que no es, pero *podría ser* el autor. Debe entenderse, pues, como un documento de autobiografía psicológica, no como una autobiografía estricta de hechos.

Estado de conciencia momentáneo, decimos, es ese que Reyles manifiesta en las Academias y encarna en el Extraño. Tres años después, en 1900, publica "La Raza de Caín", negación del programa de las Academias, condenación moral del Extraño. Reaccionando contra *el mal del fin del siglo* que le había contagiado, purgándose de la intoxicación de la cultura *decadente*, cuyos efectos de disolución psicológica experimentara, Reyles se vuelve, en un violento impulso de salvación, al plano del *realismo burgués*. Huyendo del maligno influjo de las perversiones intelectualistas se refugia en la realidad in-intelectual: por condenar la aberración dolorosa en que ha caído la conciencia literaria de la época, condena al pensamiento mismo; confundiendo e identificando la enfermedad con el órgano y el vicio con la función, reniega de la función y quiere anular el órgano. Puesto que el enttivo de la intelectualidad nos ha conducido a la disolución moral y al enervamiento volitivo, produciendo sólo tortura y delinencia, condenemos la intelectualidad!

En "La Raza de Caín" Reyles va a hacer el proceso de su estado de conciencia anterior. Erigido en acusador, hace comparecer a Guzmán para condenarlo. Pero, desmedrado por el propósito del autor, despojado de cuanto en él había puesto de simpatía, Ju-

lio Guzmán reaparece sólo en sus vicios y deformidades; ya no es siquiera *extraño*: es, simplemente, un *enfermo*. A la falta de conciencia moral que antes padecía, se aduna ahora una inenrable abulia: ambas son, según la tesis de la novela, resultado directo e inevitable del intelectualismo.

Vive Guzmán, ahora, inadaptado y desazonado, en el ambiente burgués de la familia; fracasado en sus ambiciones de grandeza, sin sentimiento de deber ni capacidad de acción, encastillado en su vanidad de hombre superior, tejiendo y destejiendo sueños, forjando y destruyendo teorías, envenenado y venenoso. Dios o el Diablo le han dado un semejante: Casio, ejemplar del mismo género aunque de inferior calidad. Casio es intelectual, amoral y abúlico como Guzmán; pero es más vil; mejor dicho, su vileza es más plebeya: carece del orgullo señorial que da a la perversión de Guzmán cierta gallardía. Y, frente a ellos, en oposición de caracteres y cualidades, el autor planta a los Crooker, rica y considerada familia anglo-criolla de negociantes. En estos Crooker, padre e hijos, presenta Reyles la salud orgánica, el equilibrio psíquico, la entereza de la voluntad, la dignidad de la conducta. Atenidos a las realidades comunes y a las normas establecidas, un fuerte y noble positivismo rige sus conceptos y sus acciones. Así, mientras los Crooker triunfan en el mundo y hallan la sana dicha, Guzmán y Casio, víctimas inenrables de su vano intelectualismo y de su abulia erónica, caen, vencidos y deshechos, en los abismos de la deficiencia y de la perdición. Casio, incapaz de conquistar a la mujer que ama, — una de las Crooker, ¡nada menos! — se desespera cuando la ve a punto de ser la esposa de un rival, hombre *de negocios*, ¡por supuesto! — y, mordido de despecho y desesperación, no atina a hacer cosa mejor, la víspera de la boda, que verter veneno en la copa que ella beberá. Hubiera sido incapaz de matar de frente, con su mano; pero, echar veneno en una copa, a escondidas, es más fácil... — Guzmán, por su parte, hastiado de todo, enconado contra todos, decide a su querida a morir... Morirán juntos, después de unos días dichosos de olvido y liberación. Pero,

llegado el momento de abocarse el arma suicida, ante el cadáver aún palpitante de la querida. — “¡oh, vaso de tristeza!, ¡oh, mi Gran Taciturna!” — tiembla y vacila, no puede, la mano no obedece, cae, junto a la muerta, sollozando en un irredimible horror. Y así, Guzmán y Casio, van a concluir sus vidas impotentes y malignas a a celda de una Penitenciaría.

‘Libro doloroso pero necesario’, llama Reyles, en la dedicatoria a “La Raza de Caín”. Lo es en verdad, y entranña una gran lección, si en Guzmán y en Casio hemos de ver solamente al tipo pervertido por la cultura aberrante y desquiciadora de la Decadencia. Como personajes representativos del *mal del siglo* que se propagó en las postrimerías del siglo XIX (nihilismo, esteísmo, amoralidad, abulia), ambos personajes son muy verdaderos y ejemplar es su condenación. Pero, la obra resulta falsa y aberrante a su vez, si en Guzmán y Casio se quiere presentar al tipo *intelectual* en oposición al tipo *volitivo*. Y que tal es la intención del autor se deduce, por haber puesto, frente a los dos *intelectuales*, Casio y Guzmán, los negociantes Crooeker, tipos *inintelectuales* y utilitarios, en vez de ponerlos frente a otros intelectuales de intelectualidad positiva y fecunda. Si la intención de Reyles hubiera sido demostrar — o, simplemente, *mostrar*, que es más artístico — la aberración en que había caído la cultura literaria europea en ese fin de siglo — debiera haber presentado, para que surgiera el contraste y el efecto, frente a la falsa y corrompida cultura, la cultura sana y verdadera, la que se funda en los principios vitales y eternos, por cuyo influjo evoluciona el hombre. Guzmán y Casio no representan al tipo intelectual en sí, ni en general, sino a cierta clase de tipo intelectual, propio de ciertos períodos de crisis y decadencia, que desaparece, una vez que han desaparecido las condiciones especialísimas que le determinaron. Representan un extravío de la intelectualidad, no la intelectualidad misma. Un lustro después, no más, de aparecida “La Raza de Caín”, ya esa clase de tipo intelectual pertenece a la historia. Pasado el mal, la conciencia moderna ha reconquistado la integridad de sus fueros,

y la literatura no ha vuelto a producir obras *tóxicas* como “El Jardín de Berenice” de Maurice Barrés, “El Triunfo de la Muerte” de D’Annunzio, o el “Monsieur de Phocas” de Jean Lorrain. La inquietud mental, la actitud meditativa, el análisis, la crítica, el descontento, la inadaptación, la rebeldía, son fenómenos humanos permanentes, inherentes a nuestra naturaleza, las condiciones vitales del pensamiento, los caminos de la conciencia, los factores necesarios de la evolución del hombre. Pero ellos no implican la disolución de la personalidad, ni la obliteración del sentido moral, ni la parálisis volitiva. Pueden oponerse, en muchas ocasiones, a la dicha, a la dicha simple y tranquila, que proviene de la incondicional adaptación a la normalidad establecida. Ya lo dijo el humorista: “si quieres ser feliz, muchacho, no analises”. La inconsciencia es feliz; vale decir, que está satisfecha. Conciencia es dolor, dijo otro, que no era humorista. Sí, conciencia es dolor, pero ese *dolor* es la condición necesaria de nuestro esfuerzo por *elevarnos*: no es maldición de Caín, sino heroísmo de Prometeo. “Dormía — ha dicho uno de los más grandes meditativos — y soñé que la vida era Belleza. Desperté y comprendí que ella es Deber”. El intelectual que no haya comprendido que la vida es *deber*, está dormido aún, y sueña. Ese sueño suele transformarse en pesadilla: tal les sucedió a los *decadentes*. La cultura que no tenga por principio la frase de Kant es aberrante, y sus frutos son venenosos. En el Jardín de Berenice no florecen más que rosas de locura, ni maduran más que pomos de muerte. Los intelectuales que Reyles presenta en “La Raza de Caín” se han envenenado con los frutos de esa cultura.

Así, la lección “*dolorosa pero necesaria*” que Reyles se propone dar en esta novela, se frustra en gran parte, por presentar la antítesis impropia del intelectual y del negociante, en lugar de poner, frente a frente, en dialéctica viva, la aberración intelectual que representa Guzmán y la intelectualidad verdadera: la de la conciencia despierta,

En cuanto novela — aparte de su *tesis* — “La Raza de Caín” tiene valores positivos de realización. Supera a “Beba” en interés dramático, — en este aspecto es la más interesante de las novelas de Reyles, — como también en la sutileza del análisis psicológico, y en la vigorosa elegancia de la prosa. Encarna, por su asunto, un momento típico de la evolución intelectual del país; no porque los Guzmán y los Casio den el tipo general de la intelectualidad nacional en esa época, — el tipo general era burgués — sino porque representan a la minoría selecta que, en nuestro ambiente, sufrió el contagio morboso de la Decadencia, encarnando, por tanto, la psicología del momento.



De “La Raza de Caín” a “La Muerte del Cisne” median diez largos años. Durante este tiempo — en que la vida del *gentleman farmer* millonario se reparte entre espléndidos viajes por Europa y saludables temporadas en su Cabaña — su cultura se renueva y se intensifica. De casi exclusivamente literaria que era, se vuelve predominantemente filosófica. El escritor busca su fundamento ideológico, su concepción orgánica del mundo, su sistema. Y, asimilando a Nietzche y a los materialistas científicos, en típica amalgama, logra definir y organizar en cuerpo de doctrina los conceptos que, de modo pragmático, informaban ya su última novela. “La Muerte del Cisne” es la concreción doctrinaria de la tesis anti-intelectualista que mueve “La Raza de Caín”.

Entre una y otra, a través de ese viaje mental, se encuentra, a modo de pequeña isla,—no Citeres, ciertamente—un opúsculo: “El Ideal Nuevo”, donde el autor, dirigiéndose a la clase capitalista del país, expone un programa de acción político-social. Reaparecen en este programa, concretados y desarrollados, los conceptos económicos enunciados en “Beba” por boca de Tito Ribero. Obsérvase que el autor vuelve a proseguir la línea de su carácter, después de la interrupción de las Academias, lo que demuestra no haber sido esta modalidad sino

una desviación accidental de su mente, determinada por la sugestión de la hora. La tendencia realista de su temperamento es la esencial y dominante, así en su vida como en su obra, no siendo los momentos romántico y decadente sino cortos desvíos. Puede reconocerse en la vida mental de todo hombre, una parte permanente, que es su carácter, y una parte accidental, que son las sugestiónes que le atraen y le alejan. La conciencia en agraz, es semejante a un joven que, solicitado por las tentaciones del mundo, deja su casa una y otra vez, para correr en pos de la aventura; y después de cada aventura, desilusionado y con fatiga vuelve a su casa; hasta el día en que, desengañado ya de aventuras o demasiado viejo para emprenderlas, se establece en su hogar definitivamente. La conciencia necesita ensayar todas las posiciones y las actitudes, pero tiene un refugio real en sí misma, tiene su *casa*, a la cual vuelve y en la cual reposa después de cada ensayo. Así vemos que una tendencia psicológica permanece y prevalece en la evolución de toda conciencia, a través de las distintas posiciones que haya podido adoptar, según sea su temperamento realista o idealista, emotivo o cerebral, místico o positivo. ¿Estaría, pues, predeterminado el carácter mental de cada hombre? No es este problema para dilucidar aquí. Limitémonos a apuntar el hecho y, refiriéndonos al caso en cuestión, observemos que, en Reyles, la *casa* estable y propia, a la cual vuelve después de sus nómades aventuras intelectuales, es el realismo: en definitiva, Reyles verá el Mundo desde su Cabaña.

El *Ideal Nuevo* que Reyles proclama en su opúsculo de 1903, es la acción económica, la empresa productora, la iniciativa industrial, la intensificación técnica del trabajo, la potencialidad de la riqueza, teniendo como objeto *ideal* — si así puede decirse — el engrandecimiento material de la República. El escritor se dirige a la *clase productora*, — entendiendo por tal a los capitalistas: hacendados, industriales, comerciantes — incitándolos a desligarse de los partidos políticos existentes, cuya esterilidad afirma, y formar una *Liga del Trabajo*, que actuaría a la vez como fuerza económica y

como fuerza política. El *Ideal Nuevo* es, pues, un ideal esencialmente económico, y no en el sentido de la justicia social, buscando una más equitativa distribución de la riqueza y un orden más humano, sino, simplemente, en el sentido del poder. Programa esencialmente *capitalista*, pues, opuesto al socialismo, y de tendencia rigurosamente conservadora, dentro del positivismo liberal sajón.

Tiene este programa, como antecedente, una frustrada aventura política de Reyes: la fundación del *Club Vida Nueva* en 1901, centro en que quiso congregarse a la juventud intelectual del Partido Colorado, para emprender una acción renovadora en las normas tradicionales de la política criolla. En qué consistiría concretamente — según la intención de Reyes — esa acción renovadora, no es posible saberlo: el discurso pronunciado por su iniciador en la ceremonia inaugural del Club, flota y divaga gallardamente en esa vaguedad retórica que caracteriza, en general, la oratoria política. No tenía, ni remotamente, ese discurso, la concreción del programa que después ha de enunciar en el *Ideal Nuevo*. El caso es que, a poco de fundado, y a pesar de un brillante cielo de conferencias y veladas político-literarias, el Club pareció no responder a las intenciones de Reyes, por lo que éste se apartó de él, abandonándolo a su inevitable decadencia. Consecuencia de esta decepción sufrida, es, sin duda, la proclama que, en el *Ideal Nuevo* dirige a los *productores*, considerándolos los únicos capaces de realizar acción renovadora en el País. Es lógico suponer que el fracaso del *Club Vida Nueva* enconó en Reyes su anti-intelectualismo. Lo cierto es que el programa de 1903 es la antítesis del discurso de 1901, siendo el discurso de corte idealista, dentro de su vaguedad, y el programa concretamente económico.



En "La Muerte del Cisne", proclama Reyes el fracaso de todos los valores éticos de la filosofía idealista y considera aberración inspirar la conducta del hombre en *principios* racionales. "Ideolo-

gía de la Fuerza" — así llama a la primera parte del libro — establece que la ley de la fuerza es la que rige todos los fenómenos del Universo, incluso la vida humana. El Derecho social es una falsedad teórica y el Altruismo moral una debilidad nefasta: ambos se oponen a la expansión conquistadora de la energía vital y al natural dominio de los más aptos, es decir, de los más fuertes. La nueva ética ha de fundarse sobre la realidad del Egoísmo y sobre la Voluntad de Potencia. — En la segunda parte, procura demostrar que el Oro,—en cuanto significa dinero, se entiende—representa la suma de aptitudes inteligentes y de energía volitiva que el hombre es capaz de desarrollar. Se justifica y se da un sentido profundo a la frase vulgar, hasta ahora tomada en modo irónico: "Tanto tienes, tanto vales". La riqueza, siendo energía acumulada y poder efectivo, es la manifestación concreta, en la vida humana, de la ley de la fuerza que rige la vida universal. La "Metafísica del Oro" es, pues, un aspecto de la Metafísica de la Fuerza. — En la parte tercera, llamada "La Flor Latina", el escritor simboliza en París, cuya vida describe en vigorosas páginas, quizás las mejores que han salido de su pluma, la cultura *idealista*, desde sus orígenes greco-latinos, pasando por el romanticismo caballeresco y el racionalismo de los Derechos del Hombre, hasta las modernas neurosis literarias hechas de sensualidad y de misticismo. Aparece Lutecia, magnificada a la luz crepuscular de su decadencia, flor de femenina gracia y de enervante perfume, inclinándose, sobre la muerta laguna histórica de que ha brotado: el error de los siglos idealistas, la aberración intelectualista de la cultura. Reyles celebra la agonía del Cisne en canto de robusta prosa.

Esta tesis es, en síntesis, una adaptación de Nietzsche al plano económico, con apoyo en el materialismo científico. Directamente nietzscheanos son sus principios: *Egoísmo* y *Voluntad de Poder*. Pero, en la aplicación o adaptación de estos principios a la actividad financiera está la novedad de "La Muerte del Cisne".

Nietzsche, artista ante todo, muy *helenista*..., muy *clásico* todavía, a pesar de su transmutación de valores y de su barbarie rubia, exal-

ta el heroísmo intelectual y guerrero, despreciando, como cosa inferior, no-estética, no-dionisiaca, el utilitarismo mercantil. Nietzsche conserva aún el desdén del griego noble y del noble germano hacia el vil negocio. ¡Eh! ¡hay todavía en Nietzsche mucha vieja literatura!... Reyles completa la transmutación de valores, la revolución ética, reivindicando para la conquista de la riqueza por medio del negocio el más alto título de excelencia en la jerarquía de lo *real*. ¡Hay nada más idealista, más intelectualista, más literario, más anti-vital, más *falso*, en suma, que ese desprecio filosófico del oro, que ese desdén hidalgo por el *negotium*? ¡El oro es poder! El negocio es el medio *práctico* de dominación. Conquistar la riqueza, ¿no es, en suma, conquistar la soberanía de la tierra? Un millonario, ¿no es una potencia en el mundo? Los príncipes de la banca, los jefes de los *trusts* industriales, ¿no tienen realmente en sus manos los gobiernos, la guerra y la paz, la suerte de los Estados, el destino de muchas cosas? Los ferrocarriles, las minas, los talleres, las extracciones, los vapores, toda la producción y circulación de la riqueza del mundo, ¿no es el poder real que determina sobre todas las demás cosas? ¡Nietzsche era demasiado *esteta* para matar al Cisne! Se contentó con matar al cordero cristiano. Reyles, realista neto, aplasta sin piedad al Cisne bajo las ruedas de su automóvil! Este Cisne no deja, por otra parte, de tener su parentesco íntimo con el *claro de luna* abominado por los futuristas. ¿Reyles no podría ser un Nietzsche futurista? De todos modos es, seguramente, un Nietzsche de *Wall-Street*.

Largo sería separar, en esta tesis, la parte de verdad y de error que contiene; tarea esta que, por lo demás, nos ahorra el mismo autor, al rectificarse posteriormente, según veremos, en los "Diálogos Olímpicos".

Conviene apuntar, no obstante, — por lo que de ejemplo puede servir en cuanto a los métodos del raciocinio — que, los errores en que incurre Reyles en esa tesis proceden, necesariamente, de la unilateralidad de su visión de los hechos. Toma uno de los términos de la realidad por el único válido y positivo, anulando teóri-

caamente la dualidad recíproca de lo *real* y lo *ideal* — la *dialéctica viva* de la Historia — en que se desarrolla de hecho la vida humana. Reyes desconoce aquí — aunque lo ha de reconocer después, si bien un poco a regañadientes y procurando atenuarlo — que, lo que llamamos *ideal*, por oposición a lo *real*, es, en cuanto fenómeno humano, tan real como su contrario, puesto que obra en la conciencia y en la humanidad como un factor positivo. Negar el valor efectivo de lo ideal en la historia, es negar el hecho. Desconocer la realidad del fenómeno intelectual en el hombre, es desconocer al hombre. El *realismo* de “La Muerte del Cisne” resulta así anti-histórico: es un realismo *dogmático*.



Entre “La Muerte del Cisne”, cuya tesis acabamos de glosar, y los “Diálogos Olímpicos”, en que el autor rectifica en gran parte esa tesis, se interpone “El Terruño”, publicado en 1916.

; Cosa desconcertante este *Terruño!* Toeles y Mamagela, sus dos protagonistas, representan o pretenden representar: el uno, la intelectualidad que se empeña en dar un sentido ideal a la existencia, obrando según ese sentido; la otra, el criterio utilitario, ajeno a toda ideología, moviéndose dentro de las normas comunes establecidas. Uno y otra reproducen, pues, en distintas formas y circunstancias, la eterna oposición de Quijote y Sancho, encarnando a su manera los principios antinómicos que, cuando se separan no hacen más que buscarse mutuamente — como los sexos, — puesto que su destino es la unidad. Como en la concepción fundamental de Cervantes, la separación de ambos principios — muy real y frecuente, por cierto — trae la esterilidad de ambos: El caballero, privado del sentido de la realidad inmediata, se pierde en empresas quiméricas; el villano, privado de la idealidad de su señor, cae en un sensualismo digestivo. De la armonía de ambos elementos, — muchas veces lograda, — es que surge el goce inteligente y la idealidad positiva.

Mamagela, robusta estanciera criolla, es Sancho con falda: pero un Sancho no tan simple como el escudero cervantino, sino con algo del Ama y del Cura, por modo que encarna en su fortaleza matronil, el materialismo de la burguesía. Toeles, abogado, político y literato, es un Quijote de jacquet y pluma, enloquecido sobre los libros de filosofía, convertido en desfacedor de entuertos sociales y vengador de agravios a la Razón. Como su arquetipo, se erce destinado a grandes empresas y fracasa en cada uno de sus intentos. Vencido, desengañado, maltrecho, se rinde al fin, a su suegra Mamagela, en cuyo fogón doméstico — que, por cierto, exhala un tuflillo apetitoso de estofado — quema sus títulos, sus libros y... sus ideales. La locura de este quijotillo montevideano, no reviste, sin embargo, ningún aspecto extraordinario ni anormal: discretamente encuadrada en la normalidad de la vida corriente, consiste sólo en ercer que las ideas pueden transformar al mundo, y en querer ser apóstol de esas ideas. Es, pues, la suya, la locura de todos los ideólogos y los agitadores que en el mundo han sido, desde Sócrates hasta nuestros tiempos. Toeles no es, en resumen, más que eso: un ideólogo, un intelectual; y eso precisamente es, para Mamagela, — encarnación del sentido burgués, — la locura. Pues locura es para ella, todo lo que no sea utilidad casera y aceptación de las normas establecidas. Verdad es que, Toeles carece por igual del talento y del carácter necesarios para ser un apóstol, un luchador o un caudillo; verdad es que él no es más que una medianía, muy hinchado de vanidad e indigestado de libros, pero no es menos verdad que Reyles ha querido representar en él al tipo *intelectual*, y condenar en él la acción ideológica. Lo mismo que, en otro tiempo, hizo con Guzmán.

Toeles es un intoxicado por la cultura *ideológica*, como aquel Guzmán de "La Raza de Caín" lo era por la cultura *esteticista*: son hermanos, o, mejor dicho, son el mismo tipo. Ambos encarnan la intelectualidad en dos maneras o épocas distintas. Guzmán, víctima del nihilismo moral y de la viciosidad estética, cae en la abulia y en la perversión. Toeles, víctima del racionalismo idealista, se

perde en empresas quiméricas y se destroza contra la realidad. En ambos, Reyes ha querido presentar un ejemplo aleccionador. También de "El Terruño" podría decir, como dijo de "La Raza de Caín", que es un libro *doloroso pero necesario*. Pero, en este caso como en aquél, el ejemplo se frustra, porque, frente al error y al mal que provienen de la falsa intelectualidad, no presenta la antítesis de la intelectualidad verdadera, sino la negación de toda intelectualidad, lo que es como combatir a la enfermedad con la muerte.

Es menester admitir que Reyes ha querido dar a esta novela un valor trascendente, — que, por lo demás, lo da la obra de por sí, — pues si sólo se tratara de ridiculizar y condenar en él la vana ambición intelectual de los tipos sin talento, la tesis perdería toda su importancia, aún cuando la obra conservara su interés como novela. Sería una tesis tan vulgar, como impropia de la envergadura literaria de Reyes. Por lo demás, así, nada habría que objetar a la obra. Toeles es, efectivamente, tal como lo presenta el autor, un hombre de muy poca consistencia, sin capacidad mental para realizar obra, ni temple ni carácter para la acción. Además, es un megalómano. Claro está que resulta inferior a Mamagela, cuyo positivismo familiar, jovial y opíparo, nos la hace muy simpática y preferible al tilingo de su nuero. Como suegra, Mamagela sería ideal. ¡Qué churrascos tan jugosos prepara! Francamente, nos gustan más sus churrascos que sus discursos. Pero, ateniéndonos a la tesis que resulta de la obra, Mamagela ya se vuelve para el lector una suegra malísima. ¡Se indigestan sus churrascos!...

El triunfo del utilitarismo de Mamagela deja en la obra un vacío espiritual tristísimo. Cuando Toeles, al final, desengañado, resignado y sumiso, quema sus manuscritos y sus cartas, el lector siente que, no son sólo las ideas y las aspiraciones del pobre Toeles lo que se quema, sino toda aspiración espiritual y toda idea.

Este sentido negativo de "El Terruño" aparece aún más evidente y descouierta aún más, cuando se sabe que, por paradójica ironía, mucho de lo que piensa, dice y hace el señor Temístocles

Pérez y González es... lo que el propio Reyles ha pensado, dicho y hecho. Este es el más *épatant* aspecto de "El Terruño". *Academias* se llama el cenáculo literario en que Toeles se reúne con sus camaradas de mocedad, evocando, en nombre y carácter, las *Academias* del autor. El club político que Toeles funda luego, con velada ambición de conquistar posiciones gubernativas, recuerda, en casi todas sus circunstancias, aquella aventura del Club *Vida Nueva*, que ya conoce el lector. Más tarde, Toeles repite, como propios, los conceptos principales de "La Muerte del Cisne", y se propone, último de sus vanos empeños quijotescos, constituir una Liga Rural, de carácter político-económico, con idéntico programa al enunciado por Reyles en 1903, en "El Ideal Nuevo".

¿Qué pensar de esta actitud de Reyles? Toeles es una caricatura; todo es ridículo en él, su nombre, su figura, sus títulos, sus ambiciones, sus fracasos. Al encarnar Reyles su propia acción en este personaje, en quien ha querido condenar y esearneecer al *intelectualismo*, ¿no es a sí mismo que se condena y esearneece? ¿Se trata de un auto de fe consigo mismo?

Y, más estupendo y desconcertante resulta todavía el caso si se advierte que, "El Terruño" ostenta un prólogo de José Enrique Rodó, pedido por Reyles a su antípoda intelectual, a quien llama en lisonjera y amanerada epístola, que casi parece broma: — "caballero del cisne" y otras lindezas. Pero, ¿no quedamos en que el cisne había muerto? Y, en el caso de que no hubiese muerto todavía, ¿no lo mata Mamagela en el propio *Terruño*, retorciéndole el pesuezo como a un vulgar pato doméstico, para servirlo en forma de sabroso estofado?

Por primera vez aparece en Reyles el ironista. Pero, ¿qué ironista! Apasionada, sarcástica, feroz, la ironía de Reyles destila el zumo más agrio de su corazón y la más dolorosa contradicción de su conciencia.

En la evolución filosófica de Reyles — evolución de la conciencia, es decir — la tesis de "El Terruño" puede significar una tran-

sición entre el realismo dogmático de “La Muerte del Cisne” y la transacción idealista de los “Diálogos Olímpicos”. Mamagela — en quien el autor pone *su razón* — reduce el radicalismo de la ideología de la Fuerza a un prudente positivismo: la *voluntad de potencia* se resuelve en un utilitarismo burgués. *El buen sentido práctico* y el normalismo moral anulan, pues, la *tragedia* que se planteaba en aquella adaptación nietzscheana al plano económico. ¡Nietzsche se transforma en Smiles!



Hemos llegado a los “Diálogos Olímpicos”, señalados antes como el momento de evolución mental en que Reyles, emprendiendo, al parecer, viaje de vuelta, intenta reconstruir el mundo que destruyó, buscando la armonía de las antinomias.

La guerra europea declarada en 1914, siendo el estallido violento de la crisis histórica en que se hallaba el mundo, al poner en acción de prueba las ideologías y sistemas que se disputan el gobierno humano, ha provocado una gran revisión de valores. Al par del conflicto guerrero, el conflicto ideológico; dentro de la crisis política, la crisis moral.

Para Reyles, — como para todos, un poco más que para muchos — el conflicto guerrero plantea un conflicto ideológico; la crisis política le afecta como una crisis moral. De la revisión de valores a la que se ha abocado, resulta una nueva posición intelectual.

Su tesis de “La Muerte del Cisne” implicaba la razón del Imperio Alemán. Su filosofía de la fuerza, ¿no justificaba la fuerza que el Imperio oponía, de *hecho*, al derecho teórico en que se fundaban — al menos en la apariencia — las naciones *aliadas*? ¿No era la *voluntad de poder* del Imperio alemán lo que se manifestaba en la contienda contra los falaces principios del racionalismo? ¿No oponía Alemania su pujante realismo al viejo y fracasado idealismo francés? ¿No eran las doctrinas imperialistas y conquistadoras de Mommsen, Nietzsche y Von Bernhardi, una derivación política

del nietzschismo, así como "La Muerte del Cisne" era una derivación económica? ¿El Imperio Alemán no mataba al Cisne?, ¿no trataba la decadente flor latina?

Pero, he aquí que el autor se rebela contra las consecuencias lógicas de su tesis, abandona su posición doctrinaria, y se declara por Francia contra Alemania, que es decir, — según lo entiende Reyes, — por el idealismo de la Razón contra el realismo del Hecho, por el Derecho teórico en contra de la Fuerza biológica.

No trataremos aquí de dilucidar si es o no verdadera la interpretación que da el autor al significado de la guerra, y el carácter que atribuye a sus elementos, pues esto sería una digresión innecesaria a nuestro tema. Bástenos considerar ese concepto de la guerra, en relación con la personalidad que tratamos.

"Apolo y Dionisos", el primero de los Diálogos, revisa el eterno y esencial pleito de la Fuerza y del Derecho, de la Idea y del Hecho, de la Libertad y la Necesidad, del Hombre y del Cosmos: en síntesis, la antinomia de lo Real y lo Ideal, dentro de la cual se desenvuelve la vida humana.

En la erudita y magnificente dialéctica que el autor desarrolla en el diálogo — sin duda lo mejor que se ha escrito en castellano con motivo de la gran guerra — se esfuerza por armonizar el naturalismo de Dionisos con el racionalismo de Apolo, empleando los más sutiles argumentos. En suma, reconoce, frente a lo real-natural lo real-humano, aunque llama a esta realidad interna de la conciencia *ilusión vital*; considera esta *ilusión* necesaria al hombre y "*lo único que puede dar un sentido a la vida, la cual en sí misma carece de sentido*". Los valores ideales, antes condenados por el autor, son, pues, legítimos e indestructibles.

Verdad es que les llama "*ilusiones vitales*"; pero, ¿qué valor tiene este término? ¿Qué límite separa, en nuestra conciencia, la ilusión de la realidad, filosóficamente hablando? Puesto que su valor es efectivo en la vida humana, ¿por qué no llamarle realidad interna o subjetiva, para diferenciarla de la otra realidad externa, física? Si la Justicia, el Derecho, el Altruísmo, son ilusiones vita-

les, ¿no son igualmente ilusiones vitales el deseo de poder y el anhelo de riqueza?

Pero, Reyles necesita justificar su actitud anterior, defender su dogmatismo realista de la víspera, y adopta ese término transaccional. Inseguro ya sobre la base minada de su *Ideología de la Fuerza*, no puede, sin embargo, entregarse al concepto opuesto antes negado, y así busca atraerlo a su campo, por medio de argucias verbales. Esa denominación en nada altera, pues, el resultado.

Reconoce Reyles, asimismo, que la filosofía de la Historia es la lucha de la Conciencia con la Fatalidad, para emanciparse del dominio de los dioses y crearse a sí mismo un orden racional, dentro de la Necesidad que rige la naturaleza. Y así, evocando a Prometeo, encarnación del genio humano, consagra la legitimidad de la rebeldía contra lo establecido — condición del progreso — que antes condenara, por vana locura, en "El Terruño".

"Cristo y Mammón", segundo de los Diálogos, ratifica y completa la tesis del anterior. Ambas divinidades son las encarnaciones actuales de Apolo y Dionisos. Mammón, la Riqueza, representando el poder de la vida material, relaciona a Dionisos con la *Metafísica del Oro*. Pero así como Dionisos es vencido por Apolo en el primer Diálogo, en éste la Fuerza y el Oro quedan supeditados al reino de la Razón, cuyos valores ideales, apolíneos, es decir, *humanos*, simboliza el Cristo.

En el habilísimo tira-y-afloja de la dialéctica desarrollada en este Diálogo, tan robusto y espléndido como el primero, Cristo y Mammón se concilian sobre las bases ya enunciadas en "Apolo y Dionisos". Cristo es la "ilusión vital" que introduce en el brutal imperio del oro la levadura espiritual de la justicia y de la gracia, levadura sin la cual el pan de Mammón sería indigesto al hombre.

La prosa de estos diálogos — acusando las cualidades generales de la prosa anterior de Reyles — es de recia musculatura y gallardía atlética. Sensual y un poco áspera, de fuerte colorido real, acentúan aún más su carácter el empleo frecuente de expresiones

crudas, manifestando en su contextura máscula y bizarra el temperamento realista y púgil del autor.

Aunque este juicio acerca de la personalidad de Reyles queda abierto a las nuevas manifestaciones que puede dar y seguramente dará de sí su obra futura — puesto que el escritor se halla aún en la entereza de sus facultades — creemos que ellas no podrán alterar, sino confirmar y completar el esquema crítico trazado.
